



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: O FANTÁSTICO MISTÉRIO DE FEIURINHA

© Del texto: 1986, 1999, 2009, PEDRO BANDEIRA

© 1986, 1999, 2009, EDITORA MODERNA LTDA.

Rua Padre Adelino, 758 - San Pablo, Brasil

© De esta edición:

2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5266-3

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: julio de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE – CLARA OEYEN

Ilustraciones: LUCÍA VIDAL

Traducción: JULIA TOMASINI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Bandeira, Pedro

El fantástico misterio de la princesa desconocida / Pedro Bandeira ; ilustrado por Lucía Vidal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017. 112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

Traducción de: Julia Tomasini.

ISBN 978-950-46-5266-3

1. Literatura Infantil. I. Vidal, Lucía, ilus. II. Tomasini, Julia, trad. III. Título. CDD B869.3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE MAYO DE 2017 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# **El fantástico misterio de la princesa desconocida**

Pedro Bandeira

Ilustraciones de Lucía Vidal

loqueleg

Para Marisa Lajolo

*“... la obra literaria es un objeto social. Para que exista es necesario que alguien la escriba y otro la lea”.*

*Marisa Lajolo*

## Capítulo cero

Es difícil explicar bien cómo terminé en esta historia. En aquella época, yo era un autor principiante, con muchas ideas en la cabeza pero pocas en el papel. Observaba a las personas, a los animales y a mí mismo, tratando de entenderlo todo y de transformarlo en historias que tuvieran verdades, que tuvieran calor, que tuvieran gracia.

7

Por eso es difícil entender cómo fui a meterme en un lío que no tenía nada que ver con lo que yo observaba. Solo sé que me metí y que después no supe cómo salir.

Lo gracioso es que me metí en medio de un lío, pero no en medio de una historia.

Me metí en el *final* de todas las historias.

8 Ustedes se acuerdan, ¿no? Casi todas las historias antiguas que han leído terminaban diciendo que la princesa se casaba con el príncipe azul y listo. Iban a vivir felices y comer perdices para siempre y se terminó.

¿Pero qué significa “vivir feliz para siempre”? ¿Significa casarse, tener hijos, engordar y juntar a la familia los domingos para comer la pasta? ¿Quiere decir que la felicidad es dejar de vivir aventuras? ¿Se terminaron los enanitos, las manzanas envenenadas y los zapatos de cristal? ¿Cómo puede alguien vivir feliz sin aventuras?

Ah, ¡no puede ser! Es imposible que esos héroes y heroínas tan increíbles hayan pasado el resto del tiempo sentados viendo pasar la vida como una telenovela. Tenemos que saber qué pasa después del final.

Pues sepan que, incluso sin quererlo, yo tuve esa oportunidad. Y es eso lo que quiero contarles.

¿Cuándo sucedió? También es difícil responder esa pregunta. ¿Cuándo sucedieron las historias de hadas y princesas? Miren, creo que todas comenzaron al mismo tiempo, porque todos los cuentos comienzan así:

9

*Había una vez, hace mucho mucho tiempo...*

¿Ven? Ni un *mucho* de más ni un *mucho* de menos. Así queda probado que todas las historias empezaron al mismo tiempo. Y, si todas empezaron al mismo tiempo, todas terminaron más o menos al mismo tiempo, ¿no?

Pues fue justamente un tiempo después de *hace mucho mucho tiempo* que esta historia comenzó, o que todas las otras historias recomenzaron. Y yo en el medio...

Estaba solo en mi pequeño departamento, muy pero muy ocupado sacando punta al lápiz cuando...

10 Naturalmente, ustedes saben que los escritores cuando están sin inspiración sienten una impostergable necesidad de sacar punta a los lápices, limpiar las teclas de la máquina de escribir, verificar si hay suficiente papel en el cajón y ver si hay algún resto de comida en la heladera, ¿no?

Bien, como les decía, estaba ocupadísimo con mi literatura cuando entró en mi departamento un sujeto rarísimo. Llevaba unas calzas ajustadas, una camisa ancha de terciopelo, zapatos de punta y una gorra con una larga pluma. Se habría parecido a Robin Hood si la ropa hubiera sido verde en vez de roja y amarilla.

—¡El embajador de España! —pensé en seguida.



Pero no. Era Cayo, el lacayo, que había venido para encargarme una extraña misión.

Ahora estoy solo nuevamente frente a la máquina de escribir. Las teclas están limpias, los lápices tienen punta, hay papel en el cajón y Jerusa, mi vieja cocinera, no dejó nada para comer. Estoy, por lo tanto, preparado para escribir la historia de Feiurinha.

11

Antes, sin embargo, tengo que contarles cómo me metí en este enredo y cómo reconstruí su historia.



## Capítulo cero y medio

Había una vez, hace mucho mucho tiempo y 13  
veinticinco años, una señora de cabellos negros como el ébano, donde ya comenzaban a aparecer algunas líneas blancas como la nieve, iguales al color de su piel, que también era blanca como la nieve.

El nombre de esta mujer era Blancanieves Azul. Aunque siempre había sido blanca como la nieve, después de que se casó con el Príncipe Azul y comenzó a usar el apellido del marido, había pasado a ser también azul.

La señora Blanca tenía una panza enorme, pues estaba esperando su séptimo hijo. Es que el séptimo enanito no tenía ahijado

todavía y siempre se quejaba de que todos los demás enanos ya eran padrinos de los hijos de doña Blanca.

14 En una semana se cumplirían veinticinco años del día en que Blancanieves se había casado para ser feliz y comer perdiz para siempre. Y, como ustedes saben, quien llega a los veinticinco años casado con la misma persona suele hacer una superfiesta para celebrar las Bodas de Plata.

Feliz con los preparativos, Blanca tejía un saquito de lana para el principito que estaba por nacer, sola en el gran salón del castillo, revestido de mármol rosa y terciopelo rojo. Los hijos estaban en clase de esgrima y las hijas, en clase de danza. El Príncipe Azul estaba cazando, como siempre.

Fue entonces cuando los grandes portones del salón se abrieron y entró Cayo, el lacayo, anunciando:



—Su Alteza, la señorita Caperucita Roja acaba de llegar al castillo y pide que...

—¿Caperucita? —interrumpió Blancanieves—. ¡Qué bueno! Dígale que entre. ¡Vamos, Cayo, rápido!

Cayo, el lacayo, se inclinó en una reverencia y fue a buscar a la visita.

Caperucita Roja era la más solterona de las amigas de Blancanieves y una de las pocas

que no era princesa. El final de su historia decía que viviría feliz para siempre al lado de la Abuelita, pero en ningún momento se mencionaba a ningún príncipe azul. Por eso Caperucita se había quedado para vestir santos al lado de una abuela cada vez más viejita.

16 Caperucita entró con la canasta colgada en el brazo y con la capa roja en la cabeza. Blancanieves corrió para abrazar a su amiga.

—¡Querida! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo está la Abuelita?

—¡Blancanieves querida!

Se dieron tres besos, uno en una mejilla y dos en la otra, porque el tercer beso era de la suerte, a ver si se casaba.

—¡Amiga Blancanieves! ¡Pero qué ojos más grandes tenés!

—Bueno, bueno, ¡basta de pavadas, Cape!

—Ay... es verdad... perdón, Blanca. Siempre me confundo... —dijo avergonzada

Caperucita—. Es que vivo pensando en mi historia. Es tan hermosa, con el Lobo, tan terrible, y el Cazador, tan valiente...

—Bueno, tu historia no está mal, Cape —comentó Blancanieves, un poco despechada—. Pero hermosa hermosa es la mía, que tiene un espejito mágico, una manzana envenenada, una bruja malvada, enanitos y hasta un cazador generoso...

17

—Cuestión de gustos, querida...

Caperucita se sentó cómodamente, colocó la canasta a su lado (¡no se separaba ni un segundo de la bendita canasta!), sacó un sándwich de mortadela y se puso a comer (hay que decir que Caperucita había engordado mucho después del episodio con el Lobo).

—¿Querés unos bizcochitos? —le ofreció con la boca llena.

—No, gracias.

—¿Y una manzana?